

NO IGNORAR AL QUE SUFRE

29 de Septiembre de 2019

Evangelio según LUCAS 16,19 - 31

Dijo Jesús a los fariseos:

-Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino y banqueteara todos los días espléndidamente.

Un pobre llamado Lázaro estaba echado en el portal, cubierto de llagas, habría querido llenarse el estómago con lo que caía de la mesa del rico, por el contrario, incluso se le acercaban los perros para lamerle las llagas. Se murió el pobre, y los ángeles lo reclinaron a la mesa al lado de Abrahán.

Se murió también el rico, y lo enterraron. Estando en el lugar de los muertos, en medio de tormentos, levantó los ojos, vio de lejos a Abrahán con Lázaro echado a su lado, y lo llamó:

«Padre Abrahán, ten piedad de mí; manda a Lázaro que moje en agua la punta de un dedo y me refresque la lengua, que padezco mucho en estas llamas».

Pero Abrahán le contestó:

«Hijo, recuerda que en vida te tocó a ti lo bueno y a Lázaro lo malo; por eso ahora éste encuentra consuelo y tú padeces. Además, entre nosotros y vosotros se abre una sima inmensa, así que, aunque quiera, nadie puede cruzar de aquí hasta vosotros ni pasar de ahí hasta nosotros».

El rico insistió:

«Entonces, padre, por favor, manda a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos: que los prevenga no sea que acaben también ellos en este lugar de tormento».

Abrahán le contestó:

«Tienen a Moisés y a los profetas, que los escuchen».

El rico volvió a insistir:

«No, no, padre Abrahán, pero si uno que ha muerto fuera a verlos se enmendarían».

Abrahán le replicó:

«Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se dejarán convencer ni aunque uno resucite de la muerte».



Esta parábola es la crítica más implacable de Jesús a la indiferencia ante el sufrimiento del hermano.

Echado en el portal de la mansión del rico, yace un mendigo hambriento, cubierto de llagas. Nadie le ayuda. Su suerte cambia radicalmente en el momento de la muerte. Con imágenes populares de su tiempo, Jesús recuerda que Dios tiene la última palabra sobre ricos y pobres.



Al rico no se le juzga por explotador. Simplemente ha disfrutado de su riqueza ignorando al pobre. Su pecado es la indiferencia. También en nuestra sociedad está creciendo la apatía o falta de sensibilidad ante el sufrimiento ajeno. Si el sufrimiento se produce lejos es más fácil.

Actualmente nos enfrentamos a la tragedia de los refugiados e inmigrantes que reclaman el derecho a una vida digna y en paz. No son «personajes» de una parábola. Están aquí con sus angustias, necesidades y esperanzas. Podemos comenzar por aprovechar cualquier ocasión para tratar con alguno de ellos de manera amistosa y distendida, y conocer de cerca su mundo de problemas y aspiraciones. Qué fácil es descubrir que todos somos hijos e hijas de la misma Tierra y del mismo Dios.

EL NIÑO

Hay un niño que llega cada día
ofreciendo su mínima intemperie
sobre el claro mantel del desayuno.

Levemente se asoma
por la ventana gris de algún periódico,
sin lágrimas ni risas en su rostro:
sólo pura mirada
y un humilde cansancio de terrores
derramado en sus labios.

Viene desde muy lejos:
de las tierras del fuego y la tristeza,
de selvas y arrozales,
de campos arrasados,
de montañas perdidas,
de ciudades sin nombre ni memoria
donde la muerte es sólo
una muda costumbre cotidiana.

Tal vez trae en sus manos
algún pobre juguete:
el fusil que encontró en aquella zanja
junto a un hombre dormido,
las inútiles botas de su padre,
el arrugado casco de aluminio
del hermano más alto y más valiente,
el trozo de metralla
que derrumbó su infancia en un instante.

Se sienta en nuestra mesa,
quedamente, como si no estuviera,
y contempla asombrado
los terrones de azúcar, las galletas,
la alegre redondez de las naranjas,
la taza de café,
con su recuerdo de humaredas oscuras.

Nunca nos pide nada:
solo mira desde un viejo silencio,
con un largo paisaje de preguntas
remansado en sus párpados.

Y permanece inmóvil,
clavándonos el tiempo en su palabra
que nunca escucharemos.
Como si fuera un niño, simplemente.
Sin saber que en sus ojos
lleva la herida grande
de todo el universo.

ESTILO Y MODO BURGUÉS DE VIVIR

Vivimos un estilo de vida centrado en la obtención de seguridad, en la acumulación de bienes, en la búsqueda de mayor grado de confort y consumo. Este modo de ser y estar en el mundo inmuniza frente a la injusticia y el dolor ajeno. Se ha expandido en nuestra sociedad la cultura de la ceguera y el olvido interesado: "no hay peor ciego que el que no quiere ver". Estamos instalados en una cultura aparentemente inocente, pero cruel.



"La economía, como la misma palabra indica, debería ser el arte de alcanzar una adecuada administración de la casa común, que es el mundo entero. Todo acto económico de envergadura realizado en una parte del planeta repercute en el todo; por ello ningún gobierno puede actuar al margen de una responsabilidad común. De hecho, cada vez se vuelve más difícil encontrar soluciones locales para las enormes contradicciones globales, por lo cual la política local se satura de problemas a resolver. Si realmente queremos alcanzar una sana economía mundial, hace falta en estos momentos de la historia un modo más eficiente de interacción que, dejando a salvo la soberanía de las naciones, asegure el bienestar económico de todos los países y no sólo de unos pocos".